

Juan Pérez Pozo

LA ROSA DE PIEDRA



Juan Pérez Pozo

**LA ROSA DE
PIEDRA**

© Juan Pérez Pozo

© Libros ENCASA. Ediciones y Publicaciones

ISBN: 978-84-95674-27-2

Autor: Juan Pérez Pozo

Realiza: Liencasa. Libros electrónicos en casa

C/ Ferrándiz, 22 - Bajo A
29012 Málaga. España
e-mail: info@librosencasa.es
www.librosencasa.es

A María Antonia,
y a Juan Antonio,
Manuel Alejandro y Laura.

Capítulo I

El hallazgo

Santillán, 24 de febrero de 1989

Querida amiga Beatriz: Te sorprenderá que siendo hoy el primer día de la Semana Blanca ya te escriba. Lo hago porque necesito compartir contigo un hallazgo importante. Te preguntarás por qué no te llamo por teléfono, que es un medio de comunicación más rápido. No sé darte una respuesta lógica. La carta tiene un carácter enigmático que me gusta ir descubriendo renglón a renglón. Espero que a ti también. Sobre todo cuando las noticias van acompañadas de un halo misterioso. Te preguntarás, asimismo, qué secretos pueden descubrirse dos amigos que apenas hace tres días se han separado, después de cultivar durante tres meses una afición común: la mineralogía. Tenemos una colección aceptable; ordenada y clasificada. Hemos hablado de cada una de nuestras piedras, de su color, su transparencia, su sistema cristalino, su fórmula, su localidad... Es infinito lo que puede descubrirse de cada mineral. Nosotros, al menos, aspiramos a conocerlos a todos un poco. Hallar una dimensión nueva de alguno de ellos sería fantástico. Con esa idea recóndita hemos trabajado durante semanas. Por eso, lo que menos esperaba, vagando sin proyecto concreto, era encontrar un mineral cuyo nombre no consta en ningún catálogo. Ya sé que esto no parece posible. Me gustaría ver tu expresión mientras lees estas líneas.

Seguramente será un error mío. Carece de visos verosímiles que haya en la Tierra una piedra que no tenga familia a la que pertenecer. Y, si así fuera, ¿cómo iba a tener yo la inmensa fortuna de dar con ella? ¿Qué piensas en este instante? Imagino que desearás que te lo explique todo con más detalle. Lo hago:

El sábado por la mañana salí a pasear por el campo, con el único ánimo de disfrutar de su tranquilidad y de relajarme, tras el intenso trabajo que hemos realizado durante estas últimas semanas. El camino me llevó al pie de la sierra de San Esteban. Pensé que la mejor manera de terminar mi paseo era subir a ella y, desde lo alto, contemplar la comarca. Mientras ascendía, sentí que la montaña infunde perspectivas diferentes cuando uno está inmerso en descubrir sus secretos; cuando uno piensa que todas y cada una de aquellas rocas, que todos y cada uno de los guijarros de sus senderos, tienen su nombre, su apellido, su composición y ser distintos, y su propia historia. Aunque sea una historia quieta, lenta, muy lenta para nosotros en su evolución. Te aseguro que cuando uno pisa el monte con estos pensamientos se siente con más confianza, se siente acompañado.

Y aquí me tienes, en la cima, divisando toda la vega antequerana: allá a lo lejos, extendida sobre una gran loma, Antequera; más a mi derecha, ya en plena llanura, Campillos; y, acercándonos a los márgenes de la carretera de Sevilla: Mollina, rodeada de viñas; Humilladero, el más llano, con sus jardines delante y sus dos sierras detrás; Fuente de Piedra, cuya laguna pone a este paisaje una pincelada de alegre quietud;

Bobadilla, repleta de trenes; La Roda de Andalucía, Estepa, Herrera... A mi izquierda, Alameda, cuyas fuentes de seis caños altos rezuman aún el ambiente romántico que me recuerda a las novelas de Juan Valera. Y, por fin, frente a mí, Santillán, mi pueblo; ahí abajo, con su nacimiento de agua en el centro y sus chopos altos y viejos a las riberas del cauce del arroyo que lo cruza.

Pienso: "No hay nada como contemplar la tierra y los pueblos de esta llanura para distender los músculos y el ánimo, gozando". Y me siento en una roca con la intención de descansar un poco. Bajo la vista a mi alrededor, y la paseo por entre el romero, el espliego, el tomillo, las campanillas, los líquenes... Y en estos momentos, entre un centelleo de perplejidad, es cuando, a la sombra de un acebuche, veo algo que, irremediamente, llama mi atención. La imagen que entra por mis ojos es la de una rosa. Sí, tiene forma de rosa, pero no parece blanda ni frágil. Al acercarme descubro que se trata de un mineral. Al cogerlo constato que es una rosa perfecta. Una rosa de piedra. Mis dedos se deslizan por su contorno, y el tacto, seguramente engañado por la mente, fiel a la pupila, percibe la fina textura de los pétalos de una rosa cualquiera, de una rosa de jardín...

Diego, el adolescente que ha escrito la carta que acabamos de leer, ha terminado de ver un partido de baloncesto por televisión y se dispone a salir a la calle. Antes de llegar a la puerta suena el teléfono.

—Diego, ¿eres tú?

—¡Hola, Beatriz! Me alegro de oírte.

—Yo también me alegro. Te llamo porque acabo de recibir tu carta. Está fechada hace dos días. Lo que escribes en ella es apasionante. Si no conociera tu carácter, pensaría que se trata de una broma. ¿Lo es?

—No, te aseguro que no es ninguna broma. Tengo la piedra en mi habitación.

—¿Se la has enseñado a alguien?

—Tú serás la primera persona en verla, Beatriz.

—Te lo agradezco mucho. Como ves, mi curiosidad no me ha permitido contestarte con otra carta, a pesar de que ningún medio de comunicación ha sustituido la gran atracción que éstas ejercen sobre quienes las reciben. Mucho más si es una carta como la tuya. Pero ahora, aunque a través del hilo telefónico suenen distantes, me apetecen más las palabras habladas. Quería oírte confirmarme de viva voz esa fantástica noticia que aún no puedo creer. He leído repetidas veces las últimas líneas que me escribiste. ¿Es posible que tú hayas encontrado la rosa de piedra?

—Me hablas como si conocieras su existencia.

—Te lo explicaré: mi tía Inmaculada, nuestra profesora de Ciencias Naturales, me dejó no hace mucho tiempo el original de su tesis doctoral. Es un cuaderno con muchas anotaciones. En una de ellas aparece la rosa de piedra. Habla de una vieja leyenda espartana que afirma sus grandes poderes para transformar lo material y lo espiritual. Pero el texto original, además de tener una traducción muy indefinida, se halla inconcluso, por lo que no se ha podido saber cuáles son sus verdaderas propiedades ni qué limitaciones

tiene. Supongo que éste es el motivo por el que mi tía no incluyó nada sobre ella en el texto definitivo de su tesis doctoral, a pesar de tratarse de un estudio sobre los minerales en las antiguas civilizaciones y sus connotaciones míticas. Quizá ella pueda ayudarnos, pues es una autoridad en esta materia.

—Beatriz, te ruego que no le comentes nada. Quiero dejar pasar un tiempo prudencial. Quiero acostumbrarme a que he hallado algo fuera de lo común. Y también quiero disfrutar de esta experiencia que quizá sea única en la vida.

—¿A qué te refieres?

—A que, si de verdad tiene propiedades que rozan la magia, quiero que seamos nosotros quienes las descubramos. En este caso, la inexperiencia, unida al afán de averiguar, puede ser el estímulo más poderoso para ir conociendo cada vez más a la rosa de piedra. Perdona si te parece cursi lo que voy a decirte: en el mundo de hoy nada nos sorprende. La palabra éxtasis está oxidada. Vamos a hacer que reluzca descubriendo un secreto detrás de otro. ¿Tú estás dispuesta?

—Claro que sí, pero ya te he dicho que se trata de una leyenda. No debemos hacernos demasiadas ilusiones.

—El sólo hecho de su forma y de su tacto resultan manifestaciones inequívocas de que tiene poderes secretos. Lo presiento. Descubriremos el enigma que los mantiene ocultos. De momento, vuelve a leer las anotaciones de tu tía y transcríbelas en un cuaderno; tenemos que estudiarlas juntos.

—¿Qué harás tú mientras tanto?

—La observaré el mayor tiempo posible. Quiero descubrir, en primer lugar, su color ante el sol a diferentes horas del día, ante diferentes intensidades de luz; o si tiene algún brillo especial en la oscuridad.

—¡Ojalá la semana próxima, en el instituto, podamos intercambiar información nueva!

—Así lo espero. Hasta pronto, Beatriz.

—Adiós, Diego. Hasta pronto.

El día 3 de marzo se reanudan las clases, tras el paréntesis de la semana blanca.

Son las ocho de la mañana. Diego, junto con algunos compañeros, espera la llegada del autobús que ha de trasladarlos a Antequera. La inquietud interior pone en sus movimientos una nota de lentitud. Quizá por un deseo intrínseco de disimularla. Los minutos pasan lentos. Cuando oye el descompasado ruido del autocar, que se prepara para doblar la calle adyacente, y antes de verlo aparecer, siente un gran alivio. El autobús se detiene en la parada. Por primera vez en mucho tiempo sube antes que los demás. Mientras recorre los veinte kilómetros que separan el pueblo de Santillán de la ciudad de Antequera, trata de serenarse. No lo consigue del todo. En el fondo le gusta este estado de nervios que lo envuelve, pero por el que no se deja dominar. Nadie entreverá su estado impaciente por hablar con Beatriz.

Como en los últimos tres días él ha realizado descubrimientos asombrosos, tiene la esperanza de que la muchacha también los haya hecho por su parte. Y aunque no sea así, comentar tales hallazgos con su

compañera y, entre los dos, encontrar nuevas perspectivas es una situación que aguarda con anhelo. Y ahora el momento... ¡está tan cercano! El autocar ha entrado ya en la ciudad. Sube por la calle Infante don Fernando y, tras bordear la fuente de la plaza de San Sebastián, baja hacia Las Descalzas, donde deja a su derecha otra fuente, entre cuatro naranjos, menos señorial, aunque más romántica y recoleta. Momentos después se detiene ante el instituto Salvador Rueda. Una cincuentena de adolescentes y jóvenes de los pueblos de la vega, aún adormilados, se disponen a hacer frente a la jornada colegial.

Diego mira su reloj. Son las nueve menos veinte. Falta más de un cuarto de hora para que suene el timbre que anuncia el comienzo de las clases. Se dirige apresuradamente al patio interior del instituto. Busca a Beatriz, pero no la encuentra. Piensa: “El tren habrá sufrido algún retraso”. Y se resigna a hablar con ella a la hora del recreo.

Al mediodía, junto con tres compañeros y paisanos de Santillán, se sienta en un banco del pequeño pero plácido jardín de Las Descalzas, ya citado. Abren sus mochilas y comienzan a almorzar. Entre conversaciones intrascendentes que se turnan, salpicadas de algunas bromas, Diego piensa: “¡Qué raro que Beatriz aún no haya llegado! Ella suele venir con un día de antelación. Debe de haber algún motivo. Pero, ¿por qué no se ha comunicado conmigo? Puede que todo tenga una explicación sencilla. Quizá no deba preocuparme tanto. Desde que encontré la rosa de piedra, mis pensamientos son más fluidos, pero me evado

demasiado fácilmente de la realidad. La fantasía me atrae con mucha fuerza, quizá con demasiada. Al fin y al cabo, sólo se trata de un gigantesco juego. Sí, un juego. Pero el juego es capaz de llenar toda una infancia. ¿Y qué parte de la vida se percibe como la más importante sino ésta? ¿No nos marca para siempre? Quizá no esté tan equivocado al vivir con pasión esta aventura que intuyo sólo está comenzando. Entre los quehaceres substanciales del hombre ha de prevalecer, por ineludible, el de descifrar los enigmas de la vida que lo rodea. Apenas puedo reprimir mi impaciencia por contar lo que se me ha dado a conocer en los últimos días. Y la primera persona en saberlo ha de ser, necesariamente, Beatriz”.

A las seis de la tarde, hora de la salida, Diego aborda en un pasillo a doña Inmaculada Calero, profesora de Ciencias Naturales.

—Perdone, doña Inmaculada, no he visto a su sobrina Beatriz en todo el día.

—Se ha quedado en Ciudad Real. Está en cama con gripe. Es probable que no venga hasta la próxima semana. Voy a llamarla por teléfono. ¿Qué quieres que le diga de tu parte?

—No, nada, muchas gracias... Sólo quería comentar con ella unos apuntes.

Doña Inmaculada Calero percibe en las palabras del muchacho el tono ahuecado que encubre otro pensamiento. Su experiencia en la enseñanza ha agudizado sus ya sobradas dotes naturales para adentrarse en la psicología de las personas. Le gusta aventurar pregun-

tas intuitivas que, normalmente, son certeras. En el escaso segundo que transcurre siente curiosidad. Por eso, dice a modo de réplica:

—Tú... ¿no eres de Santillán? El autobús estará a punto de salir. No te preocupes, no me importa darle un recado. ¿De qué se trata? Ya sé que estáis trabajando juntos en una colección de minerales. ¿Hay algo al respecto que quieras decirle? Yo estoy dispuesta a ayudarlos.

—No se trata de nada importante, puede esperar. Además, derivaría en complicado: ¿cómo se resume una ardua tarea en la que proliferan los matices? Tendría usted que estar al tanto de nuestro estudio; no resulta un tema apropiado para explicar por teléfono a alguien enfermo. Gracias de todas maneras. La veré la semana próxima.

Por la forzada decisión con que Diego ha respondido, doña Inmaculada llega a la conclusión de que el muchacho trata de eludirla, y colige que su temor a entrar en conversación se debe a que desea contar algo a su sobrina que no quiere compartir con nadie más. Lo que acrecienta la curiosidad de la docente. Pero, como sabe que la paciencia alberga la llave de los secretos, no insiste, y se despide discretamente del muchacho.

Durante el período escolar, doña Inmaculada vive con su sobrina Beatriz en un piso alquilado en la calle de Cánovas del Castillo, cerca del mercado de abastos de la ciudad y, asimismo, poco distante del instituto. A él se dirige caminando. En el trayecto, piensa en el corto diálogo que ha mantenido con Diego.